



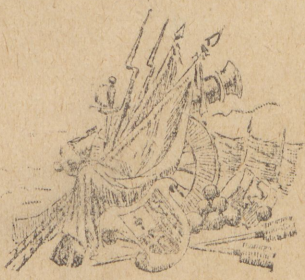
6 R. 8430

GLORIAS DE ESPAÑA

130
ANT
XIX
1771/8

LA BATALLA DE BAILEN

NARRACIÓN HISTÓRICA



MADRID

Oficinas de «La Última Moda.»

VELÁZQUEZ, 56

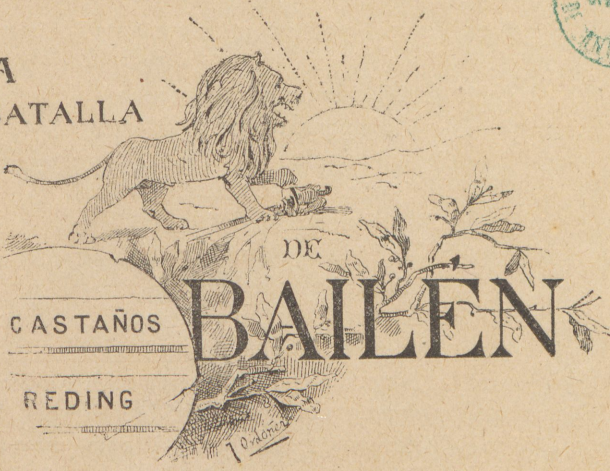
-201-

Es propiedad.—Reservados
los derechos artísticos y lite-
rarios.

IMP. PARTICULAR DE «LA ÚLTIMA MODA».—AGOSTO 1898



LA
BATALLA



I

- ¡Ellos son!
- ¡Ya están ahí!
- ¡Los héroes de Andalucía!
- ¡Los triunfadores de Bailén!
- ¡Los vencedores de Dupont!
- ¡Viva el general Castaños!

Y el cañón tronaba, y las campanas repicaban, y el pueblo de Madrid, ébrio de entusiasmo y loco de alegría, no cesaba de victorear á nuestros heroicos soldados y á nuestros invencibles guerrilleros.

Todas las clases sociales se hallaban confundidas: nobles y plebeyos, clérigos y seglares, duquesas y majas, abates y manolos, covachuelistas y madamas, petímetros y escofiteras; todos corrían á esperar y saludar á los vencedores de Bailén que entraron en la Villa y Corte el 23 de Agosto de 1808.

La ovación fué inmensa, el entusiasmo delirante.

El Prado era estrecho para contener á tantos miles de espectadores.

Al son del himno de la victoria, cantaban los madrileños:

«Dupont, terror del Norte
Fué vencido en Bailén,
Y todos sus secuaces
Prisioneros con él.»

«Toda la Francia entera
Llorará este baldón,
Al son de la Carmañola.
¡Muera Napoleón!
¡Muera Napoleón!»

Días ántes habían entrado en Madrid los héroes de Valencia, al mando del general D. Pedro Llamas; y también los de Zaragoza. El entusiasmo que la presencia de los vencedores de Dupont despertó en Madrid, lejos de entibiarse había ido en aumento.

Al aparecer los soldados de Bailén, los voluntarios de Utrera y los lanceros jerezanos, vestidos como los hombres del campo en Andalucía, con el sombrerito cordobés, las vistosas chupas, los anchos calzones, los botines de cuero, y las garrochi-lanzas que allí se usan para picar las reses en el campo, y que tan bravamente habían esgrimido en los campos de Bailén contra los imperiales; al presentarse el general Castaños, con su blanco uniforme y su dulce y picaresca sonrisa, el entusiasmo del pueblo no tuvo límites: los hombres los abrazaban, las mujeres les ofrecían coronas y ramos de flores, que colocaban los soldados en las bayonetas de los fusiles, y los guerrilleros en la punta de sus lanzas, entre vivas ensordecedores y aplausos interminables.

Cerca del general Castaños hacíase notar un joven capitán de arrogante figura. Al pueblo habían llegado noticias de lo mucho y bien que había combatido en Andalucía por la independencia pátria. Era Ricardo Bustamante, ahijado de la condesa-duquesa de Benavente, una de las señoras de

la nobleza más queridas en Madrid por su acendrado patriotismo y nobles sentimientos, é hijo del administrador que la ilustre dama tenía en Bailén, D. José Bustamante, bizarro militar que había perdido un brazo en la campaña contra los franceses en 1795. El pueblo victoreó al bizarro militar.

Un lacayo, con la librea de la duquesa, pudo abrirse paso entre los apiñados grupos y participar á Ricardo que su señora le aguardaba aquella noche en su tertulia, y que procurase llevar á sus amigos los jefes de los voluntarios de Utrera y los lanceros de Jeréz.

II

Al abandonar el rey intruso José Bonaparte á Madrid el 30 de Julio, sabedor de la llegada de nuestras tropas victoriosas, no sin despojar antes de vajillas, cuadros y alhajas los museos y palacios de Madrid y de los sitios Reales, reanudándose las tertulias, aparecieron tan concurridas ó más que antes de la invasión.

Como los individuos de una familia se reúnen para contarse sus penas ó comunicarse sus alegrías, á ellas acudían todos los buenos patricios á comentar los sucesos pasados: la silba á Murat, el memorable 2 de Mayo, la marcha de nuestros príncipes á Bayona, el célebre parte del alcalde de Móstoles, el levantamiento de España entera, las renunciaciones de Fernando VII y Carlos IV, el nombramiento, hecho por Napoleón, en favor de su hermano José Bonaparte para rey de España, las tituladas Córtes de Bayona convocadas por Napoleón «para organizar la monarquía» y su ridícula Constitución, nuestra gloriosa victoria en el Bruch, la bravura de Palafox y de los aragoneses obligando á Lefevre á levantar el Sitio de la heroica ciudad, y la de los valencianos rechazando á Moncey; y por último, la espléndida victoria de España en los campos de Bailén.

En las tertulias de la nobleza y de la clase media, en las botillerías y cafés, en los bodegones y las plazas, en las calles y en los paseos, los madrileños publicaban las victorias de nuestro ejército aun antes de ganarlas, y en muchos casos su patriotismo les hacía acertar; así como negaban con el mayor tesón las noticias de reveses ó derrotas sufridas por nuestros soldados.

Al «¡No importa!» de los combatientes, contestaba el «¡No importa!» de los ciudadanos.

La noche del 23 de Agosto, el amplio salón del palacio de la condesa-duquesa de Benavente, apenas bastaba á contener el gran número de contertulios ansiosos de conocer á los vencedores de Bailén, y de estrecharles la mano.

Junto á la condesa-duquesa de Benavente, hallábase sentada su inseparable amiga, la duquesa de Alba, con gran número de damas de la aristocracia.

Diversos grupos se ocupaban en discurrir sobre los sucesos del día. Uno de ellos, que bien podríamos llamar el de los poetas, lo formaban D. Manuel José Quintana, el cantor nacional; D. Juan Bautista Arriaza, la musa de la guerra; y el célebre D. Nicasio Alvarez Cienfuegos, á quien la publicación en la «Gaceta de Madrid» de un artículo favorable á Fernando VII, le atrajo una sentencia de muerte firmada por Murat.

Estos célebres vates se hallaban rodeados de varios amigos y admiradores.

En otro grupo, el torero Juan Núñez («Sentimientos») era muy felicitado por su brindis en la última corrida, que pudo costarle la vida:

—«Brindo por usía—dijo al Corregidor D. Pedro Mora—por la gente de Madrid, y por que pronto no quede un francés vivo.»

En otro grupo de los varios en que se hallaba dividida la distinguida sociedad que llenaba los salones de la condesa-duquesa, se comentaban los dichos agudos y las peregrini-



nas ocurrencias del general Cástanos; sobre todo las que habían salido de sus labios aquella mañana.

Parece ser que alguien quiso convencerle de que algunos soldados, por lo mal uniformados que llegaban no debían entrar en Madrid, á lo que Castaños respondió con su acostumbrado gracejó:

—Pues sin uniformes se han batido y han triunfado, justo será que sin uniformes entren en la Corte á recibir el aplauso que merecen.

Y era verdad, porque escaseando los equipos á causa la llegada de nuevos voluntarios, cada vestuario se había dividido en dos, entregándose á unos cuerpos los calzones, casacas y sombreros, y á otros las gorras, pantalones y chaquetas.

En otro grupo, el abate D. Félix Manzanilla, uno de los combatientes del 2 de Mayo, enseñaba á sus amigos una especie de caricatura de grosero dibujo, pero de sutil pensamiento.

Representaba unas montañas, sobre las que había un cartel que decía: «Roncesvalles,» y al pié de un peñascal se hallaba un mocetón, medio soldado, medio contrabandista, fumando un cigarrillo y con el trabuco al brazo, en tanto que por el desfiladero aparecía un soldadu francés, el cual, metiendo la mano en un bolsillo preguntaba:

—«Monsieur, combien l'entrée?»

—«Compare aquí no ze paga la entráa—contestaba su interlocutor—lo que ze paga ez la zafia.»

Uno de sus amigos le preguntó si era cierto que había asistido al entierro de los ínclitos capitanes Daoíz y Velarde.

—Nada más verdadero—contestó el abate.—Cuando los franceses se apoderaron del Parque, Perico el «Zurdo», uno de los manolos que mejor se habían batido, observando que el heróico Daoíz no había muerto, propuso á varios compañeros sacarle de Monteleón y prestarle los auxilios de la ciencia, pensamiento que acogieron con gozo, sin reparar

en el peligro á que se exponían. Quiso la casualidad que fuera ya del Parque, tropezaran conmigo, que volvía de la calle de San José, de ayudar á las manolas que disparaban los cañones por falta de artilleros. Al contemplar á Daoíz moribundo, y saber por boca del «Zurdo» el triste fin del insigne D. Pedro Velarde, lloré como un niño. Por indicación mía, el «Zurdo», y otros amigos, condujeron á Daoíz á su casa, calle de la Ternera, número 12, donde espiró á las pocas horas, sin pronunciar una sóla palabra.

Entretanto, yo con el peluquero Bergamota y algunos chisperos, envolvimos en una tienda de campaña, de las que había en el Parque, el frío cuerpo de Velarde, y burlando la vigilancia de los franceses, le llevamos á la parroquia de San Martín, á la que en aquella misma tarde fué conducido el cadáver de D. Luis Daoíz, para ser ambos sepultados al siguiente día en las bóvedas de la indicada iglesia.

Un observador atento que hubiera contemplado el acto de dar sepultura á Daoíz y Velarde, habría creído presenciar uno de aquellos enterramientos de los primeros cristianos en las Catacumbas de Roma.

¡Qué escena á la vez tan triste y grandiosa!

Arriba los vencedores y abajo los vencidos.

Arriba Murat y Grouchy, dictando sentencias de muerte; y abajo Daoíz y Velarde, encerrados en un solo ataúd.

Arriba los imperiales, fusilando á cuantos infelices encontraban con un arma, por más que fuera la de su oficio; y abajo un clérigo rezando el Oficio de difuntos, una mujer deshecha en lágrimas y unos cuantos hombres que con la cabeza descubierta y la mirada fija en los inanimados rostros de aquellos héroes, juraban vengarlos á costa de su propia sangre.

Arriba Napoleón, ceñido de laureles, sentado en un trono, rodeado de miles de soldados, dictando su voluntad á las naciones; y abajo, ¡dos modestos oficiales de artillería que acacaban de dar su vida por la patria!

¡Quién hubiera dicho que habían de conquistar el triunfo aquellos dos cadáveres, destruyendo el poder colosal del nuevo César Bonaparte!

¿Con qué fuerzas contaban para realizar tamaña empresa? Con su honrosa muerte, con su elevado sacrificio, con su noble heroicidad... Su poder nació de su misma muerte, y su generosa sangre debía cegar los ojos del conquistador, y despertar de su letargo á los patriotas que aún dormían, saliendo de su tumba el grito sante de independencia, que había de transformar á España.

La patria necesitaba del esfuerzo de todos sus hijos, y Daoíz y Velarde fueron los primeros en acudir al grito de su angustiada madre. Su sangre, tan generosamente derramada, está destinada por la Providencia á ser el mar en que se ahoguen las poderosas legiones del feróz invasor.

Así se explicó el abate en medio del asentimiento de sus oyentes.

III

Un movimiento inusitado se produjo de pronto en todo el salón.

Era que llegaban Ricardo Benavente y sus amigos.

El joven capitán, acercándose con ellos al grupo formado por su madrina y las damas que la rodeaban, dijo:

—Con la venia de mi señora la duquesa, tengo el honor de presentarla á mis valerosos hermanos de armas, D. Nicolás Cherif, capitán de los «lanceros Jerezanos» y á Don José Sanabria, jefe de los «voluntarios de caballería de Utrera.»

—Y yo considero como la mayor honra —contestó la duquesa con infinita gracia—verlos en mi morada y obtener su amistad.

La duquesa extendió la mano, que ellos besaron con la mayor galantería.

Los grupos parciales formaron un solo grupo en torno de los tres jóvenes.

—Parece que nuestro triunfo en los campos de Bailén ha sido grande—dijo el poeta Quintana.

—Completo, Sr. D. Manuel José—contestó Ricardo Bustamante.

—¡Calle!... ¿Me conoce usted?

—¿Quién no conoce al gran poeta nacional, al autor de aquella oda inmortal que empieza:

«¿Qué era, decidme, la nación que un día...»

Tiene usted razón, joven—exclamó Arriaza.—Esa oda no tiene precedente en nuestro Parnaso, por lo atrevido y patriótico del pensamiento, por lo vigoroso del estilo y lo apasionado del acento, no arrancado hasta ahora por nadie de las cuerdas de la lira castellana.

—Justísimo elogio y de inmensa valía, por venir de un poeta que vale lo que D. Juan Bautista de Arriaza—añadió Bustamante.

—¿Tampoco le soy á usted desconocido?—preguntó sonriendo Arriaza.

—Crimen sería no conocer—respondió el joven capitán—al autor de la magnífica composición «Profecía del Pirineo».

En el ejército se estima en lo mucho que valen á ustedes, al Sr. Cienfuegos, al Sr. Sánchez Barbero, al Sr. D. Antonio Sabinón, al Sr. D. Cristóbal Beña, soldado y poeta á la vez; á todos, en fin, los predilectos hijos de las Musas, que han hecho estremecer á un tiempo nuestros corazones hirviendo las fibras del patriotismo y del honor.

Un aplauso general acogió las palabras de Bustamante. La condesa-duquesa de Benavente, lisonjeada en su orgullo, exclamó:

—No extrañen ustedes, señores, lo que acaban de oírle. Mi ahijado Ricardo Bustamante, hijo de un héroe de la

guerra con los franceses de 1793, en la que perdió un brazo, y que hoy administra con la mayor probidad el palacio y los bienes que en Bailén poseo, ha sido educado en el Colegio de Artillería de Segovia, distinguiéndose por su talento y aplicación.

—Madrina...

—Quiero decirlo, porque es la verdad.

—Hablemos de otra cosa.

—Hablemos de la patria—dijo Quintana, mirando á la condesa, con cierta maliciosa intención.

—De la patria, sí—exclamó Ricardo.

—Y para ello—añadió el gran poeta—nadie mejores que usted, Sr. Bustamante y sus compañeros. Todos oiremos con gratitud de los labios de ustedes la relación de lo ocurrido en Andalucía hasta el glorioso triunfo de Bailén.

—¡Bravo, Sr. Quintana!—exclamó la condesa.—Ya lo oyes, hijo mío: es necesario que complazcas á nuestro querido poeta.

—Pero...

—No hay pero que valga—insistió el Sr. Arriaza.—Veamos si es usted tan buen narrador como bizarro militar.

—Comienza tú—dijo Bustamante á su amigo Cherif.

—Imposible—respondió éste.—Nadie como tú que, unas veces de uniforme y otras disfrazado, has estado en todas partes, conoce los preliminares de la lucha en Andalucía.

—Así es la verdad—dijo el Sr. Sanabria.

—Pero vosotros me ayudaréis...

—Sin duda alguna—contestaron los dos.

—Voy á procurar complacer á ustedes; pero de antemano solicito su gracia y perdón.

—Que nosotros te concedemos gustosos, ¿no es verdad?—preguntó la condesa dirigiéndose á sus contertulios.

—Sin duda alguna.

—De todo corazón.

—Empiezo, pues.

IV

—El orgullo es la cualidad distintiva de los generales de Napoleón; pero muy especialmente de Dupont.

Siguiendo las órdenes recibidas del lugarteniente Joaquín Murat, partió el 24 de Mayo de Toledo para Andalucía con 6.500 infantes, 3.000 caballos, dos regimientos de suizos al servicio de España y 24 piezas de artillería, ofreciendo al gran duque de Berg que entraría en Cádiz el día 21 de Junio. Pero... ¡«risum teneatis»!, como se dice en latín.



LOS GUERRILLEROS ATACANDO Á LOS FRANCESES

—¡Hola! ¿Conoce usted la lengua de Cicerón?—preguntó sonriendo D. Juan Bautista Arriaza.

—Muy poco—contestó Ricardo como avergonzado. Atravesó la Mancha, que halló tranquila al parecer, sin comprender toda la gravedad de aquella aparente calma.

El 2 de Junio penetró por las estrechuras de Sierra Morena, llegando sin tropiezo hasta La Carolina, población que

encontró desierta, porque todos sus hijos se hallaban en el monte resueltos á pelear por la independencia.

Nosotros lo sabíamos, porque espíabamos todos sus pasos.

Empezó á inquietar á Dupont la soledad en que hallaba á los pueblos, que más parecían cementerios que albergues de vivos.

Prosiguió su marcha, y la columna comenzó á recibir certeros disparos, que parecían salir de entre los árboles, de los picos de las rocas, de las encrucijadas de los caminos, disparados por seres invisibles... Solo se escuchaba el disparo, seguido del ¡ay! del herido ó del muerto, y la caída de uno ó varios cuerpos á tierra.

En vano redoblaba Dupont la vigilancia y amenazaba con severos castigos á los exploradores. Los tiros proseguían, nuevos soldados caían heridos ó muertos, y ¡desgraciado del francés que quedaba rezagado!

—¿De dónde partían los disparos?—preguntó la condesa.

—Eran los guerrilleros del valeroso cura D. Ramón de Argote, de mi querido maestro de latín, que según me había anunciado, se lanzó al campo con 300 escopeteros, tiradores escogidos, resuelto á diezmar á los imperiales; y que cumplía á maravilla su patriótico ofrecimiento.

Al amanecer del 7 de Junio llegó Dupont al soberbio puente de mármol negro sobre el Guadalquivir, llamado puente de Alcolea, á dos leguas de Córdoba.

En esta ciudad habíamos logrado formar un cuerpo de ejército, llamado «Vanguardia de Andalucía», á las órdenes del coronel D. Pedro Agustín Echevarri, que fué nombrado general con la aprobación de la Junta Suprema de Sevilla, militar de gran valor y arrojo.

Tenía á sus órdenes 3.000 hombres de tropa de línea, parte de un batallón de Campo Mayor, soldados de varios regimientos de provinciales y suizos, alguna caballería, varios cañones recibidos de Sevilla, y cuatro ó cinco mil paisanos.

Colocó á la mayoría de los patriotas en la orilla derecha del río, apoyando una fortificación que precipitadamente había levantado en una de las cabezas del puente, defendida por la artillería, y situó la caballería en la izquierda, con orden de atacar en cuanto se presentara una ocasión oportuna.

Dupont envió contra la caballería española al general Fressia; pero nuestros jinetes recibieron serenos la acometida, manteniéndose firmes.

Ordenó luego atacar la cabeza del puente y la fortificación allí levantada; pero mi compañero, el valiente oficial Lasala, rechazó brillantemente el ataque. Comprendiendo Dupont que aquel era el punto vulnerable, dispuso un nuevo ataque con mayores fuerzas; y como la fortificación ni era perfecta, ni siquiera estaba concluída, fué tomada por los imperiales.

Quiso Dupont enviar contra los paisanos, que retrocedían, á una de sus brigadas; pero nuestra caballería salió á su encuentro y cortó sus bríos; verificándose la retirada en buen orden, sin que perdiéramos más que un cañón, y eso porque se inutilizó la cureña.

Este encuentro, que duró algunas horas, costó á los franceses 300 hombres, y casi otros tantos á nosotros.

Echevarri, no juzgando posible la defensa de Córdoba, la dejó abandonada, encaminándose á Sevilla. Grave falta, según el general en jefe, que tuvo por resultado las tristes escenas ocurridas en aquella ciudad.

Al llegar Dupont á la vista de Córdoba, comenzaron los tratos de capitulación; y estando en ellos, salió un tiro de una de las casas próximas á la Puerta Nueva.

¿Quién lo disparó? Nadie lo supo. Pero aquel tiro sirvió de pretéxto á Dupont para descargar la ira de que se hallaba poseído desde que había entrado en Andalucía, tanto por las pérdidas que venía sufriendo, causadas por nuestros guerrilleros, como por la indecisa acción del puente de Al-



colea. Así es que inmediatamente mandó cañonear las puertas, y entregó por completo la ciudad á sus soldados.

Una columna fué recibida á tiros, trabándose una serie de combates de calle en calle, que sirvió de pretexto á los soldados para comenzar el saqueo de Córdoba...

Al asesinato y al pillaje se unió el robo de los vasos sagrados de las iglesias, sacrilegio acompañado de las circunstancias más atroces que pueden imaginarse.

Algunos oficiales, y hasta generales, se mancharon é imprimieron en sus frentes el deshonor en el momento mismo en que padres y madres desoladas iban á solicitar protección de los primeros jefes que encontraban...

—¡Qué horror!—exclamaron las señoras.

—¡Cuánta infamia!—gritaron los hombres.

—«No hubo género de desorden que no se manifestase en las escenas de desolación de que fué teatro Córdoba» (1).

No satisfecho todavía Dupont, se apoderó de diez millones de reales que había en las arcas públicas, y que Echevarri dejó allí olvidados, é impuso á la desgraciada ciudad una exorbitante contribución.

—Ellos, que tanto vociferaban contra nuestras crueldades—dijo el Sr. Quintana,—repetían en España y con los españoles lo mismo que habían ejecutado en Francia en la guerra civil de 1793.

Los «vandeanos», según uno de sus mejores historiadores, eran aficionados á la carnicería en el combate como soldados, y al asesinato fuera del combate como salteadores.

Agradábales fusilar á los «papanatas», como apellidaban á los ciudadanos, y á esto le llamaban «descuarearse».

En Saint-Germain-sur-Ille, uno de sus capitanes, noble por cierto, mató de un tiro al síndico del Ayuntamiento, y le robó el reloj.

(1) Mr. Baste, testigo presencial de los sucesos, en sus *Memorias*.

Colocaban á los prisioneros junto á las murallas y los fusilaban en montón, enterrando á muchos de ellos vivos todavía.

A Mr. Joubert, presidente del distrito, le serraron los puños.

Colocaban á los prisioneros esposas cortantes, forjadas expresamente para ellos, y los mataban á golpes en las plazas públicas, tocando el cuerno de caza.

Charrete quemó la población de Ponnice con todos los habitantes dentro de sus casas (1).

Y conste que aunque los españoles hubiéramos llegado á realizar actos tan crueles, no los ejecutábamos contra nuestros compatriotas, sino contra un ejército extranjero, contra soldados invasores que venían, sin razón y sin causa, con engaños y traiciones, á robarnos la independencia, la honra, la libertad, la tranquilidad y los bienes.

V

Existe un juez vengador—añadió Bustamante—y pronto veremos cómo hizo pagar á Dupont sus infames crueldades.

Los asesinatos y atropellos cometidos por éste general en Córdoba, debían sublevar contra él la Andalucía entera.

Nadie como mis compañeros, aquí presentes, y yo que la recorría, con permiso de mi general, sabemos el efecto que los actos vandálicos de los imperiales produjeron en toda ella.

El espíritu pátrio, cada vez más excitado, iba á tomar pronto sangrientas represalias.

Hombres, mujeres, niños, pueblos, villas y cortijos, á todos puso en movimiento el feroz Dupont.

El pueblo de Montoro, que lleno de entusiasmo; había

(1) Víctor Hugo.

enviado á Echevarri 1.000 paisanos y 300 caballos con varios pertrechos de guerra, sufrió atropellos y hasta robos al penetrar en él los soldados imperiales.

Cuando después de la acción del puente de Alcolea avanzó Dupont hacia Córdoba dejó un destacamento de 70 hombres con la misión de guardar el puente, considerándolo una posición de gran importancia para asegurar las operaciones del ejército francés en la orilla derecha del Guadalquivir y mantener la seguridad de los molinos que proveían al racionamiento de los soldados imperiales.

El alcalde de Montoro, D. Juan de la Torre, al saber el ataque de Alcolea, la marcha del ejército francés á Córdoba y el saqueo de la ciudad, concibió el atrevido proyecto de apresar al destacamento bonapartista y reconquistar para nosotros el puente; pero ¿con qué fuerzas realizar ésta hazaña, si había mandado á Echeverri todos los hombres útiles y todas las armas que había en Montoro?

Decidido el valeroso alcalde á realizar su plan, juntó á los pocos habitantes útiles que habían quedado en la población, se puso al frente de ellos, la vara en el cinto, el puñal en la boca, la navaja en la manga, únicas armas con que contaban, se encaminó al Puente con aquel puñado de hombres valerosos, y arrastrándose como culebras, logró sorprender la guardia, compuesta de 25 soldados, los desarmó y agarrotó.

Armó D. Juan de la Torre á sus hombres con los fusiles cogidos á los enemigos y se dirigió á la pequeña aldea ó grupo de casas de Alcolea.

El comandante francés paseaba tranquilo por delante de su alojamiento gozando de la frescura de la noche.

El alcalde, que acechaba, se lanzó sobre él, y luchando á brazo partido le obligó á entregarse, mientras que sus hombres sorprendiendo al resto del destacamento imperial, le obligaron á rendirse, enviando á los 70 hombres con su jefe presos á Granada á disposición de la Junta.

—¡Magnífico!—dijo el Sr. Arriaza.

—Pocos días después—prosiguió Bustamante—se apoderó D. Juan de la Torre de dos carros cargados de provisiones para los franceses, mató á los siete soldados que los acompañaban, sorprendió un gran convoy reunido en la orilla del río y atacó á los 50 hombres que lo custodiaban, de los que solo cinco pudieron escapar llevando al general Dupont á Córdoba la noticia del desastre.

Dupont mandó una fuerte columna á Montoro para hacer un ejemplar castigo en el valeroso alcalde, quien sin la intercesión de su huésped de hacía pocos días, el general Fressia habría pagado con la vida sus hazañas, pues lejos de fugarse de la población, se mantuvo en ella, negándose á huír dejando abandonados á sus amigos y administrados, á los que había comprometido en sus patrióticas empresas.

—¡Hé ahí!—dijo Quintana—un modelo de alcaldes y de patricios!

—¡Qué hombre tan valeroso!—añadió la condesa llena de entusiasmo.

—En Andújar y la Carolina, como en Santa Cruz de Mudela y Manzanares; en todas partes, en fin, el pueblo tomó dura venganza de lo ocurrido en Córdoba.

No se insulta impunemente á una nación como España. ¿Recordáis quiénes fueron los que triunfaron de los imperiales?

—D. Pedro de Valdecañas con su partida—contestó el Sr. Cherif—se lanzó á los campos y acometió y destrozó á cuantos destacamentos franceses pudo encontrar.

—D. José Cruz con sus guerrilleros—dijo el Sr. Sanabria—se puso en armas, se apoderó de los convoyes bonapartistas, y dió muerte á cuantos los custodiaban, sin reparar en los peligros que corría, siempre pronto á morir por la pátria.

—Y el cura Argote, con sus 300 escopeteros, no dejaba senda ni camino que no sembrase de cadáveres.

—Por su parte la ciudad de Jaén—prosiguió Bustamante—mató al comandante francés enviado por Dupont á pedir raciones; y el general en jefe, á quien el cielo había determinado cegar, para perderlo mejor, dispuso que sus huestes entrasen á saco en la ciudad el día 20, logrando que todos sus hijos se echaran al campo á formar nuevas guerrillas los unos, y á engrosar otros las ya existentes, facilitando así la tarea de nuestros soldados que iban preparándose para un combate decisivo.

Dupont, que había comenzado por lo barbarie en Córdoba, y seguido en Jaén por la infamia, debía terminar en Bailén por la deshonra.

—Nada más justo—dijo la condesa.

—Quien á hierro mata, á hierro muere—exclamó el señor Cienfuegos.

VI

Apenas supo el general Dupont la rendición de la escuadra francesa en Cádiz, los grandes armamentos decretados por la Junta de Sevilla, la actitud del país que rápidamente se iba poniendo todo en armas, y el retraso de los refuerzos que con tanta insistencia había pedido á Murat, decidió retroceder en su camino y se encerró en Andújar, convencido, sin duda, de que ni el 21 de Junio de aquel año, ni de otro alguno, pisaría él las calles de la hermosa Cádiz.

Las noticias que de Portugal nos llegaban no podían ser más halagüeñas.

Al recibir los soldados españoles, que se hallaban en Oporto en unión de las tropas de Junot, la orden de la Junta de Galicia de regresar á defender su patria traicionada por los que se llamaban sus amigos y aliados, emprendieron el 6 de Junio la vuelta á España, apoderándose del general Quesnel y de otros oficiales.

Sabedor de ello Junot, y de que el regimiento de «Drago-

nes de la Reina» había salido de Mafra, así como otro destacamento de 1.200 hombres que estaban en Ourique, con dirección á España; á fin de evitar que siguieran su ejemplo las otras tropas nuestras que tenía en Lisboa, las citó al puerto, con pretexto de embarcarlas para España, y una vez juntas las rodeó de miles de soldados y de cañones, y desarmó á los soldados, encerrándolos en los pontones del Tajo y dejando libres á los oficiales bajo una severa vigilancia que ellos supieron burlar.

Los Regimientos «Húsares de María Luisa y Voluntarios de Valencia y Murcia», que se encontraban en Setúbal, emprendieron el regreso á la pátria derrotando en Os-peco-es, al general Graindorge, que intentó detenerlos.

El levantamiento de España promovió el de Portugal. El 11 de Junio se alzaron las provincias de Tras-os-montes. Entre Douro, Algarbe y la Beira, formando Juntas que se pusieron en relación con las nuestras, reconociendo que si la tiranía nos ha separado, la libertad va á unirnos.

—Muy bien dicho, joven—exclamó Quintana—la idea de libertad es la llamada á unir á todos los hombres y á todos los pueblos.

—La mayoría de nuestros soldados—continuó Bustamante—que se hallaban en Portugal tornó á España á defender la patria, y pronto los franceses no poseyeron más tierra que la que pisaban en una y otra nación.

A causa de una grave dolencia que comenzó á sufrir Murat, y que degeneró en unas tercianas rebeldes, los médicos le recetaron las aguas de Bareges, y Napoleón envió á España para remplazarle al famoso Savary, duque de Róvigo, que llegó á Madrid el 15 de Junio.

—Este personaje—dijo el Sr. Cienfuegos,—promovedor del viaje de nuestro rey Fernando á Bayona, y cuyas serviles complacencias con Napoleón le habían adquirido una triste celebridad, se ha visto tan odiado de los españoles como de los mismos franceses, y á pesar de su título de

general no ven en él al soldado, sino al diplomático, juzgándole poco digno de sustituir á Murat, razón por la cual Napoleón no se atrevió á autorizarle para usar el título de Lugarteniente.

—Lo cierto es—añadió Bustamante—que Savary, apenas llegó á Madrid, se apresuró á enviar los refuerzos que pedían Moncey y Dupont y escribió á su emperador una importante carta, en la que le decía:

«Si la llegada del rey José no pacifica el país, habrá que sostener dos guerras: una contra los soldados y otra contra los guerrilleros.»

—El texto de esa carta, de que yo tuve la suerte de mandarte una copia á Bailén—dijo la Condesa,—prueba que Savary comenzaba á ver claro y á estimar en su justo valor la actitud de España y la situación del ejército francés. Terminadas las sesiones de las tituladas Cortes de Bayona, se nombró por José Bonaparte el Gobierno con que pensaba regirnos; formándole D. Luis Urquijo como ministro de Estado; D. Pedro Cevallos, de Negocios Extranjeros; el conde de Cabarrús, de Hacienda; D. Nicolás Azanza, que había presidido las Cortes, de Indias; D. Sebastián Piñuela, de Justicia; don José María Mazarredo, de Marina y D. Gonzalo O'farril, de Guerra.

Poco bueno debía esperarse de su lealtad, pues la mayoría habían sido ya ministros, dejando á Carlos IV por Fernando VII, como ahora dejaban á Fernando por José Bonaparte.

—Al ilustre D. Gaspar Melchor de Jovellanos—dijo Quintana—le adjudicaron la cartera del Interior ó de Gobernación, y para comprometerle, llegaron hasta á publicar su nombramiento en la «Gaceta»; pero lo rechazó indignado, diciendo que la causa de la Patria era la del honor y la lealtad, y por consiguiente la de todo buen español.

El 7 de Julio prestaron en Bayona juramento José y los ministros, en manos del Arzobispo de Burgos, pasando in-

mediatamente al palacio de Marrac á dar las gracias á Napoleón por su interés en favor de España.

Multitud de nobles, consejeros y servidores felicitaron á José, «el monarca más apto para España por sus virtudes», esperando les conservase el goce de los bienes y empleos que poseían.

En virtud de semejante humillación volvieron á España y á desempeñar en palacio los mismos cargos que tenían con Carlos IV y Fernando VII, los duques del Infantado, del Parque y de Híjar, el príncipe de Castel-franco, los condes de Fernán Núñez, de Ariza y otros nobles.

José, que había salido el día 9 de Bayona con dirección á España, dirigió á los españoles desde Vitoria una proclama, manifestando los deseos que le animaban por la prosperidad y gloria de la Nación, y disponiendo que el escudo de armas se compusiera en adelante de los leones y castillos, con el águila imperial encima.

—Era justo—añadió el Sr. Cienfuegos—puesto que España iba á vivir en adelante bajo el poder de Francia.

—Pero nuestros soldados y nuestros guerrilleros han destruído en los campos de Bailén todos esos planes liberticidas—repuso la Condesa.

VII

Bustamante prosiguió su relato.

—El general D. Francisco Javier Castaños, que se hallaba en el campo de San Roque al lanzar España el grito de Independencia, no solo rechazó indignado el virreinato de Méjico que Murat le ofreció en nombre de Napoleón, sino que se puso á las órdenes de la Junta de Sevilla, pidiéndole instrucciones para marchar con sus 10.000 soldados donde se creyese necesario.

Mi ilustre jefe, que al frente del regimiento de Africa tanto se distinguió en la guerra de España contra Fran-



cia en 1793, y que sospechaba de Napoleón, se había ya puesto en comunicación con el gobernador de Gibraltar, sir Hew Dalrymple, á fin de que le auxiliase si los imperiales llegaban á penetrar en Andalucía.

Se recordará que el general Dupont, después de abandonar á Córdoba, se había refugiado en Andújar y asentado allí su cuartel general, donde recibió los refuerzos que le llevaron los generales Vedel y Gobert.

Castaños, que en muy pocos días había organizado y disciplinado el ejército de Andalucía, engrosándolo con la multitud de paisanos que de todas partes acudían, acostumbrándole á realizar resistentes marchas y militares evoluciones, se opuso al intento de algunos de sus compañeros de impedir la retirada de Dupont.

Componíase el ejército de Andalucía de tres divisiones: la primera, de 6.000 hombres, la mandaba D. Teodoro Reding, suizo al servicio de España, gobernador militar que había sido de Granada, hombre de ánimo sereno, oficial valeroso y general organizador; la segunda tenía por jefe al antiguo oficial de Guardias walonas marqués de Coupigny; la tercera llevaba á su frente al anciano brigadier D. Félix Torres, y la reserva iba mandada por el teniente general D. Manuel de la Peña.

Acompañaban al ejército las guerrillas del cura D. Ramón de Argote, de D. Pedro Valdecañas y de D. José Cruz, los lanceros jerezanos y los voluntarios de caballería de Utrera, mandados por mis queridos amigos D. Nicolás Cherif y D. José Sanabria, aquí presentes.

El 26 de Junio había pasado revista el general Castaños á su ejército en los campos de Utrera.

La falta de cartucheras y cananas que se notó, pudo suplirse con saquillos de lienzo que las mujeres de Utrera, sin distinción de clases, confeccionaron por un modelo que se les dió.

El general inglés Spencer, que había llegado al Puerto

de Santa María con un cuerpo auxiliar de 6.000 hombres, se ofreció á la Junta de Sevilla; pero se resolvió no admitir la ayuda inglesa á no ser en un caso extremo.

Habiéndose resuelto en Utrera tomar la ofensiva, el día 29 de Junio se dirigió Castaños por la orilla izquierda del



EL GENERAL REDING

Guadalquivir, llegando el día 1.º de Julio al Carpio, y celebrando el 11 en Porcuna un consejo para organizar el plan de ataque contra el ejército imperial.

Dupont ocupaba á Andújar con 10.000 hombres; el general Vedel, con 9.000, á Bailén y Puerto del Rey, y Liger-Belair, con 1.500, á Menjibar.

Cuantos informes nos llegaban, presentaban á Dupont intranquilo, á sus generales y oficiales temerosos y á sus soldados abatidos.

—¿Por qué?

—Porque los caminos presentaban un espectáculo aterrador. En las encrucijadas, en los barrancos, entre los árboles, aparecían multitud de cadáveres de oficiales y soldados franceses... Era la obra de nuestros valientes guerrilleros!

Los pueblos aparecían abandonados; pero de las casas salían miasmas insoportables producidos por los cadáveres de los imperiales muertos en ellas... ¡Era la venganza de nuestros compatriotas!

Todo el país ofrecía un cuadro de represalias tan cruentas, de luchas tan sin piedad, que el ánimo más resuelto debía acobardarse al contemplarlas.

Los contertulios redoblaron su atención, adivinando que se trataba de uno de esos combates decisivos.

—Resolvióse en Porcuna que Castaños atacase á Dupont en Andújar con la tercera división y la reserva, y que Réding y Coupigny forzasen el paso de Menjíbar y Villanueva, para marchar sobre Bailén.

Dupont, que para buscar víveres y al mismo tiempo cubrir su flanco, había enviado á Jaén al general de brigada Cassagne con 1.500 hombres, sabedor del movimiento del general Castaños, le ordenó retroceder, libertándose Jaén de una nueva y más dañosa ocupación.

D. José Cruz, con las tropas ligeras y cuerpos francos, fué encargado de molestar por el flanco derecho al enemigo; y logrando atravesar el puente de Marmolejo, que aunque cortado anteriormente, estaba ya practicable, se situó al efecto en las alturas de Sementera.

El día 13 empezó el concertado movimiento del ejército.

El 15 hubo varias escaramuzas, y el general Castaños lanzó algunos disparos sobre el puente de Marmolejo.

Dupont, inquieto al ver las tropas que tenía enfrente, pidió á Vedel que le enviase de Bailén una de sus brigadas. Este general acudió en su socorro con su division, dejando solamente á Liger-Belair 1.300 hombres para guardar el paso de Menjíbar.

Los imperiales atacaron á Cruz, quien después de haber combatido bizarramente, se dirigió á Peñascal de Morales, replegándose los enemigos á sus posiciones.

Continuó el cañoneo el día 16, y Reding, conforme á lo dispuesto, al mismo tiempo que amenazaba á los franceses en su posición de Menjíbar, cruzaba el río en la madrugada, á media legua, por el vado apellidado «Rincón», obligando á Liger-Belair á retirarse hacia Bailén. Liger-Belair encontró en su retirada al general Gobert, que acudía en su ayuda, lo que le impulsó de nuevo á combatir; pero con tal desgracia, que Gobert recibió un balazo en la cabeza, del que murió, y Liger-Belair tuvo que retirarse á Bailén con Dufour.

Aquel día hicieron sus primeras armas con el mayor valor, regimientos como el de Antequera; siendo dignos del mayor elogio Reding y su mayor general, D. Francisco Javier Abadía

Aunque victorioso, no quiso Reding pecar de imprudente; repasó el río y se unió á Coupigny, que no había podido forzar el paso de Menjíbar, entrando los dos el día 18 en Bailén sin oposición, pues los franceses, suponiendo que Reding avanzaría, se retiraron á La Carolina.

Enojado Dupont contra Vedel, le mandó que recuperase á Bailén y arrojase á los españoles al otro lado del río.

El miedo comenzaba á perturbar su cerebro.

Dufour, que había sucedido a Gobert, y Liger-Belair, escarmentados con la pérdida que experimentaron en Menjíbar, y temerosos de que Valdecañas, que había sorprendido en Linares un destacamento francés, se apoderase de los pasos de la sierra, apoyado por Reding; en vez de sos-

tenerse en Bailén, marcharon á Guarromán, que está á tres leguas. Vedel, de vuelta de Andújar, sin aguardar noticias ni avisos, receloso de que pudieran verse atacados, siguió en su busca, y unido con Dufour y Liger-Belair, llegó á La Carolina y á Santa Elená.

Reding, tras un corto descanso, disponíase á volver sobre Andújar, deseoso de coger á Dupont entre sus divisiones y las que habían quedado en los Visos, cuando impensadamente se halló con él, que de prisa y silenciosamente caminaba. Dupont había salido de Andújar el 18, después de destruir el puente y sus obras de defensa, encubriendo con la oscuridad de la noche su movimiento y su inmenso bagaje.

Marchaba Dupont mandando la vanguardia, compuesta de 2.600 hombres, rigiendo Barbou la retaguardia.

Ni unos ni otros pensábamos hallarnos tan próximos.

Los generales españoles, que estaban reunidos en una almazara ó molino de aceite, á la izquierda del camino de Andújar, cerca de Bailén, se vieron sorprendidos por disparos de fusil primero, y luego por una granada que casi cayó á sus piés.

El general Venegas, que capitaneaba nuestra vanguardia, mantuvo el conveniente orden, entréteniendo al enemigo para que las demás tropas ocuparan su puesto.

Avanzaron los franceses más allá del puente que hay á media legua de Bailen, resueltos á pelear.

Empezó la batalla.

Eran cerca de las cuatro de la mañana del día 19. Pero antes de describir la acción, conviene conocer el lugar donde debía verificarse el combate.

Bailén, una de las villas más importantes de Andalucía, hállase situada en terreno desigual y algo montañoso, sobre el camino que conduce á Sevilla, encontrándose cercada por cerros de gran altura, desde los cuales se descubren pueblos y tierras, casi todas cubiertas de olivos,

Cuenta con hermosa iglesia parroquial, de estilo gótico; ochocientas casas, entre las cuales merece ser citada el palacio de mi querida madrina y protectora, la señora condesa de Benavente; cuatro ermitas notables, en particular la de San Cristóbal, que tan principal papel representó en la batalla; extensos campos cubiertos de viñedos y huertas, y ricas tierras que producen abundante grano.

Confina mi villa natal con Baños, Guarromán, Javalquinto y Espeliú y el Rumbiar, y posee varios molinos de aceite, algunos telares y fábricas de vidrio, teja y ladrillo.

Diversos caminos de herradura conducen á las poblaciones cercanas.

Atacaron los franceses á la división Coupigny; y sus soldados, guardias walonas, suizos, regimientos de Bujalance, Ciudad Real, Trujillo, Cuenca, zapadores y el de caballería de España, los rechazaron, desalojándolos de las alturas que ocupaban, y obligándolos á retroceder.

Reconcentró Dupont sus fuerzas, volviendo á apoderarse del terreno perdido, y extendiendo su ataque contra el centro y costado derecho español, regido por D. Pedro Grima-rest, que flaqueó algo; pero auxiliado por el general Venegas, se vieron los franceses otra vez arrollados y en retirada.

Nuevamente repitieron la tentativa en toda la línea, y nuevamente se vieron repelidos y arrollados.

Nuestra artillería, mandada por los coroneles D. José Juncar y D. Antonio de la Cruz, cual si quisiera vengar á los heróicos Daoíz y Velarde, logró desmontar la mayoría de las piezas enemigas.

El calor era abrasador!

Los rayos del sol parecían plomo derretido.

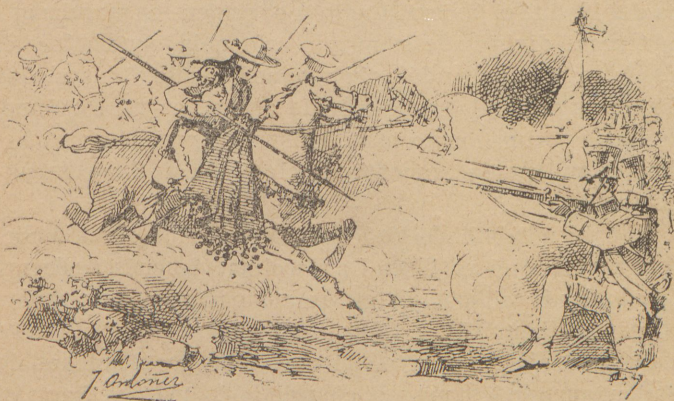
La sed llegó á ser tanta, que españoles y franceses se disputaron con encarnizamiento una noria, situada más abajo de la almazara ó molino de que antes hablé.

A las doce y media de la mañana, Dupont, lleno de rabia, se puso con todos sus generales al frente de las columnas,

atacando furiosos á nuestro ejército, intentando romper el centro donde se hallaban los generales Reding y Abadía, y llegando casi á tocar nuestros cañones los marinos de la Guardia imperial.

¡Empeño vano!

Nuestros soldados, tan bravos como serenos, rechazaron aquel tremendo ataque. Don José Cruz, al conocer el movimiento de Dupont, se adelantó la misma noche del 18 hasta los Baños, y colocándose cerca del Rumblar, á la izquierda del enemigo, no cesó de combatirle.



LANCEROS DE JERÉZ DANDO UNA CARGA
Á LAS TROPAS FRANCESAS

Las alas francesas comenzaron á desbandarse, y el centro vaciló.

El bravo Reding, con la palabra y con el ejemplo, hacía de nuestros reclutas soldados veteranos.

Los imperiales ejecutaron una terrible carga á la bayoneta; pero su esfuerzo fué inútil.

Los «lanceros de Jeréz», con mi amigo Cherif á la cabeza, que allí cayó gravemente herido, cargaron sobre las columnas enemigas y ayudados por los «voluntarios de Utrera» deshicieron el ala izquierda francesa.

Después de ocho horas de combatir sin tregua, propuso Dupont una suspensión de hostilidades, que aceptaron Reding y Coupigny. ¡Había perdido 2.000 hombres! entre ellos el general Dupré; muchos soldados suizos se habían pasado á Reding, su compatriota; y además pidió la tregua porque los soldados bonapartistas se ahogaban de calor. Los nuestros, generosos como siempre, les dieron algunos cántaros de agua para mitigar la sed que los abrasaba.

Por pronto que se quiso avisar al general Castaños de la retirada de los imperiales, no pudo ordenar hasta la mañana del 19, que el general La Peña se pusiera en marcha con la tercera división de su mando reforzada, quedándose él con la reserva en Andújar, y aunque Peña llegó cuando los franceses pedían la suspensión de armas, algunos cañonazos que oportunamente mandó disparar, previnieron á Reding de su llegada, aumentando el pánico de los bonapartistas.

No habiendo hallado Vedel tropas españolas por la Sierra, permaneció el 18 en La Carolina, después de haber dejado dos batallones y algunas compañías para guardar el paso en Santa Elena y Despeñaperros; pero al oír en la madrugada del 19 un vivo cañoneo en las proximidades de Bailén, aunque lentamente, emprendió la marcha hacia el punto en donde comprendió que podía ser necesario su auxilio.

Llegaban sus avanzadas á las nuestras, cuando Reding le envió un parlamentario noticiándole la suspensión de hostilidades. El general francés envió á un oficial para asegurarse de la certeza de aquella noticia que le sorprendió.

Ocupaban nuestros soldados las dos orillas del camino.

En la ermita de San Cristóbal, que está á la izquierda, yendo de Bailén á La Carolina, se había situado un batallón de Irlanda, y el regimiento de Ordenes Militares, mandado por su bravo coronel D. Francisco Soler: enfrente estaba el otro batallón de Irlanda, con dos cañones.

Vedel, quizá para sincerarse de sus torpezas, media hora después de haber contestado al parlamentario de Reding y de haber enviado un oficial á Dupont, mandó de improviso al general Cassagne que atacase al batallón de Irlanda y se apoderase de sus dos cañones; tarea fácil, ya que nuestros soldados se hallaban descuidados una vez acordada la capitulación.

—¡Qué infamia!—dijo la duquesa de Alba.

—¡Qué villanía!—exclamaron Quintana y Arriaza.

—El coronel Soler, soportó valientemente la acometida del batallón Roche.

La ermita de San Cristóbal tenía gran importancia, pues desde ella podían establecer los franceses su comunición con Dupont. De ahí el empeño de Vedel de apoderarse de ella. Dupont, que comprendía lo peligroso de su situación, le ordenó cesar en un combate que todos calificamos de alevoso y traidor.

—Y con justa razón—dijo el señor Cienfuegos.

VIII

Entabláronse las negociaciones sobre el armisticio, enviando Dupont para tratar sobre él, al capitán de su Estado Mayor Villontreys.

Pedía el general francés: primero, la suspensión de hostilidades; y segundo, el permiso para retirarse libremente á Madrid.

Reding se mostró dispuesto á acceder al armisticio; pero respecto de la retirada declaró que era preciso que la aprobase el general en jefe D. Francisco Javier Castaños.

A su presencia fuí yo enviado, en compañía del general Chabert, á quien habían autorizado los imperiales para firmar el convenio; y enterado mi general de todo lo ocurrido, y de la consulta de D. Tomás Reding, se mostró indeciso para resolver.

El conde de Tilly, que tanta parte había tomado en el levantamiento de Andalucía y que acompañaba al ejército en representación de la Junta de Sevilla, se opuso á las pretensiones de Dupont, con gran contentamiento de los oficiales y soldados españoles á quienes indignaba el orgullo y la arrogancia del enemigo, considerando que accediendo á su pretensión se perdían los frutos de una batalla ganada á costa de tanta sangre y se dejaba en libertad á un ejército enemigo que debía quedar prisionero.

Reforzó la opinión del conde un pliego interceptado del general Savary que se halló en poder del oficial Mr. Fernelón, pliego en el que ordenaba á Dupont que volviese al instante á Madrid en ayuda de las tropas imperiales que debían salir al encuentro de los generales españoles Cuesta y Blake, que avanzaban por la parte de Castilla la Vieja.

El general Chabert y sus compañeros los negociadores franceses, irritados por la negativa de Tilly, que Castaños se disponía á hacer suya, y soberbios como siempre, se propasaron en sus expresiones, hablando mal de los paisanos españoles y exagerando sus excesos.

La sangre me hervía en el pecho.

¡Hablar de excesos, los que por traición se habían apoderado de nuestras mejores plazas y ciudades; los que fin giéndose aliados y amigos habían invadido nuestro suelo; los fusiladores de heróicas mujeres, en el día 3 de Mayo en Madrid; los saqueadores, los violadores y asesinos de Córdoba y Jaén!

—¡Bravo joven!—exclamó Arriaza.

—¡Bravo!—exclamaron todos los contertulios llenos de patriótico entusiasmo.

—¿Y los nuestros?—preguntó la condesa—¿Qué contestaron á esas villanías?

Castaños y Tilly, como buenos españoles, rechazaron, con noble altanería, los injustos cargos que nos hacían los franceses, echándoles en cara los escándalos, saqueos, per-

fidias y crímenes cometidos por el ejército imperial en toda España.

Agriada la cuestión y excitados los ánimos, se rompieron las negociaciones con gran contentamiento de los oficiales españoles; pero los franceses no tardaron en renovarlas porque la posición del ejército imperial se hacía á cada momento más crítica y peligrosa.

La noticia de la victoria se había extendido por todas partes. A cada momento llegaban á los campos de Bailén las guerrillas de los contornos, gente dura y valerosa, y miles de paisanos empuñando toda clase de armas. Los generales podían decretar lo que quisieran; pero era indudable que el ejército francés rodeado, y cada vez más estrechado por los soldados, guerrilleros y paisanos, no lograría salir de allí más que prisionero.

—Añade—dijo el señor Sanabria—que el enemigo iba perdiendo fuerzas á cada instante. Cansado por la lucha, ahogado por la sed, abatido por la derrota, su estado inspiraba profunda lástima.

—Tan sólo los generales y jefes que en el inmenso bagaje que acompañaba á Dupont—prosiguió Bustamante—llevaban el fruto de sus robos y saqueos, persistían en que no se firmase la capitulación.

El general Marescot, que casualmente había llegado al cuartel general de Dupont, y que conocía á Castaños, se encargó de las nuevas negociaciones, esperando terminarlas pronto y felizmente, lo que en efecto consiguió á pesar de la mala fe de los vencedores, pues no solo trataron de hacer por sorpresa un desesperado esfuerzo para poder ponerse en salvo, sino que Vedel con sus tropas comenzó un movimiento de retirada, deteniéndose solo ante la amenaza de que serían pasados á cuchillo todos los franceses si persistían en su deslealtad.

La capitulación que consolidó el brillante triunfo de los soldados y guerrilleros españoles, fué por fin ajustada en

Andujar, el día 22 de Julio, entre el general Castaños y el conde de Tilly, y los generales franceses Marescot y Chabert.

No existiendo un retrato del ilustre vencedor de Bai-lén, de la época en que obtuvo esta admirable victoria, re-



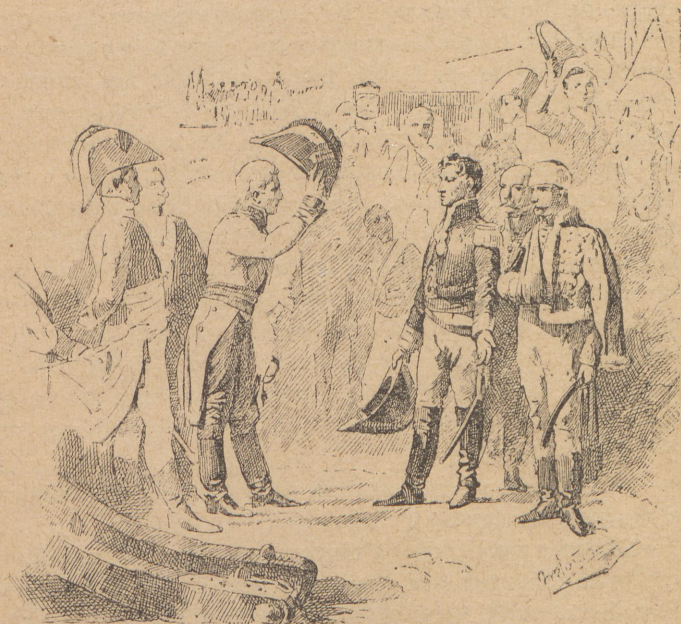
EL GENERAL CASTAÑOS

producimos el que se conserva de tan bizarro caudillo cuando ya pasaba de los setenta años, pues como es sabido falleció en una edad muy avanzada.

También copiamos el grupo más interesante y principal del magnífico cuadro con que el insigne pintor D. José Ca-

sado del Alisal, perpetuó en el lienzo con su peculiar maestría la epopeya de Bailén.

En este grupo, que ocupa el primer término del cuadro, aparecen el general Castaños, con el general La Peña y el conde de Tilly; y el general Dupont con algunos jefes de su Estado Mayor.



FACSIMILE DEL GRUPO PRINCIPAL DEL CÉLEBRE CUADRO
DEL SR. CASADO DEL ALISAL

La Historia recuerda las frases que al reunirse cambiaron el caudillo vencido y el caudillo vencedor.

—Os entregó—dijo Dupont—una espada vencedora en cien batallas.

—Por mi parte—añadió Castaños con maliciosa modestia—puedo asegurar que esta es la primera batalla que gano. Acto continuo se firmo la capitulación.

IX

—Dícese—insinuó Quintana—que las bases de la capitulación resultaron algo oscuras y contradictorias.

—¿Y por qué no hábiles? Según los primeros artículos, las tropas de Dupont se consideraban como prisioneras de guerra, debiendo rendir las armas y sujetarse á las condiciones de tales; y las de Vedel debían entregar las armas y evacuar la Andalucía, no devolviéndoselas hasta su embarco. Pero según el artículo 6.º, todas las tropas francesas de Andalucía habían de marchar de Sanlúcar y Rota y embarcarse para Rochefort en buques tripulados por españoles. Si pensaron salvarse así, los nuestros hicieron bien en aceptar una condición difícil de cumplir, cual era la de reunir suficiente número de barcos tripulados por españoles, para conducir á Francia á tantos miles de soldados.

El día 23 desfilaron las tropas de Dupont delante de la reserva y tercera división españolas, á cuyo frente se hallaban los generales Castaños y La Peña y rindieron sus armas 8.248 hombres.

—¿Y cómo no se encontraban allí los generales Reding y Coupigny?—preguntó Quintana.

—Observe usted, señor Quintana, que mi carácter militar me veda contestar á su pregunta; pero de todos modos el plan de la batalla había sido acordado en Porcuna por una junta de generales, y su ejecución y desarrollo, su gloria ó su desdoro, correspondía al general en jefe.

El 24 se trasladó Castaños á Bailén, en donde las divisiones de Vedel y Dufour, 9.393 hombres, colocaron sus fusiles en pabellones ante nuestras banderas.

Además entregaron las águilas, los caballos y 40 piezas de artillería.

—¿Cuál fué el resultado total de las pérdidas que sufrió el enemigo?—preguntó la condesa.

—Entre los que capitularon, y los que luego se rindieron en la Sierra y la Mancha, pasaron de 21.000 hombres. En la batalla tuvieron los imperiales 2.000 muertos y gran número de heridos. Nosotros 243 muertos y unos 700 heridos. (1).

—¡Honor y gloria á los valientes!—exclamo Quintana, poniéndose de pié y saludando á los tres militares.—Honor y gloria á los vencedores de Bailén.

—¡Honor y gloria!—repitieron todos con inmenso júbilo.

—Una de las páginas más hermosas de nuestra historia patria, ha de ser la batalla de Bailén—exclamó el señor Arriaza.—Un ejército de soldados aguerridos, vencedores en todas partes, es derrotado por otro ejército de soldados bisoños, reunido apresuradamente, y unos cientos de paisanos casi sin armas. El uno, el francés, puede considerarse como un verdadero ejército, con oficiales inteligentes, soldados veteranos, artillería completa, y el prestigio de la victoria; el otro, el español, como una masa de gente con oficiales poco prácticos, soldados inexpertos, mal vestidos y peor armados. Lo he dicho y lo repito, el nombre de Bailén debe escribirse con letras de oro en el gran libro de nuestra historia.

—Agregue usted, señor Arriaza, que si ellos se permitieron alegar, para disculpar su derrota—dijo el señor Sanabria—que las tropas de los generales Castaños y La Peña se hallaban á retaguardia de las de Dupont; las de Vedel estuvieron á la espalda de las de Reding y Coupigny, con la diferencia importantísima de que las primeras apenas llegaron al lugar de la batalla, y las de Vedel nos atacaron dos veces.

—En cuanto á la fatiga, el calor y la sed, todos los sufrimos por igual, pues los rayos del sol no distinguieron á franceses ó españoles.

(1) En memoria de esta victoria, dos regimientos del ejército, uno de infantería y otro de caballería, llevan el nombre de Bailén.

En el parte de Reding á Castaños—prosiguió Bustamante—dado en Bailén el 22 de Julio, después de elogiar el valor de las tropas, como era justo, enaltecía el de los guerrilleros, dedicando muchos y muy merecidos elogios á la compañía de «lanceros de Jeréz», señaladamente á su jefe D. Nicolás Cherif, gravemente herido; y á los «voluntarios de caballería de Utrera», con su comandante D. José Sanabria, por el valor que todos habían mostrado, y los importantes servicios que habían prestado durante la batalla.

—Con razón—dijo la condesa—me consideraba yo honrada estrechando la mano de estos insignes militares; y ahora, señores, demos por terminada nuestra tertulia, porque aunque la juventud es incansable, éstos jóvenes deben estar rendidos. Además, el señor Cherif se halla aún convaleciente de su herida y necesita reposo. Mientras permanezcan en Madrid, me dispensarán la honra de ser mis huéspedes. Mañana deben asistir á la formación y á la revista que van á celebrarse con motivo de la nueva proclamación de nuestro amado rey, el señor D. Fernando VII; y ustedes todos harán el favor de aceptar un sitio en mis balcones, para ver pasar la comitiva, que ha de ser lucidísima.

Entre felicitaciones, apretones de manos y vivas á España y á la independendencia, terminó la reunión, citándose todos los contertulios para el día siguiente.

X

El 24 de Agosto de 1808, apareció Madrid vestido de gala.

La solemne proclamación de Fernando VII, debía contrastar con la pálida farsa representada el mes anterior para aclamar al intruso José.

Por todas partes había arcos de triunfo con alegorias y dedicatorias.

En las calles, nobles y plebeyos, hombres y mujeres, niños y ancianos, ostentaban en los sombreros y mantillas,

escarapelas encarnadas con el retrato de Fernando VII en el centro.

Diversos grupos entonaban un himno de guerra, cuya letra escrita por el bizarro militar y poeta D. Cristóbal Beña, era aplicada á la música de la «Marsellesa».

El «Semanario Patriótico,» dirigido por el gran Quintana, publicó su célebre Oda «España libre,» que causó la más profunda impresión.

Don Juan Bautista Arriaza dió á la estampa una nueva composición, que se repartió profusa y gratuitamente, dedicada á los ejércitos vencedores.

El entusiasmo y la confianza del pueblo no tenían límite.

Las mujeres invocaban á la Virgen de Atocha, á la del Pilar y á la de los Desamparados, creyendo con fe ciega que por su intercesión tornarí­a en breve á España su adorado rey Fernando, para reinar sobre sus muy queridos súbditos.

¡Qué hermosos y nobles sentimientos, tan mal pagados después por el monarca!

Los hombres, creyentes, pero á la vez decididos á sacudir por completo el yugo de los taimados enemigos de España, se aprestaban á combatir para arrojar cuanto antes del suelo patrio á los odiados invasores derrotados en Bailén.

Pero España, sin reyes, sin príncipes y sin gobierno, necesitaba crear un poder que la representase. De aquí la formación de la Junta Suprema Central, compuesta de individuos de las Juntas Provinciales, la cual inauguró sus patrióticas tareas el día 25 de Septiembre en el palacio de Aranjuez; Junta en la que figuraban los insignes patricios Floridablanca, Jovellanos, Saavedra, Camposagrado y otros varios, á los que estaba reservada la hermosa misión de salvar á la patria.

Algunos días antes se celebró en Madrid un consejo de generales, al que asistieron Castaños, La Peña, Cuesta,

Llamas, y representantes de Palafóx y Blake, acordando que Palafóx marchase á situarse en Sangüesa y orillas del río Aragón, Llamas en Calahorra, Castaños en Soria, Cuesta en Burgo de Osma y Blake en Burgos, á fin de acorrar á los franceses en las Provincias Vascongadas, para darles en ellas el último escarmiento.

Al salir Castaños de Madrid con los héroes de Bailén, hombres y mujeres pedían para ellos al Dios de las Victorias la palma del triunfo, colmándolos de bendiciones y de aplausos.

E. RODRÍGUEZ SOLÍS.



